

DE BUENAS LETRAS

‘Estanterías vacías’, de Ricardo Bellveser

JOSÉ LUPIÁÑEZ De la Academia de Buenas Letras

Los libros nos dejan emociones muy diferentes cuando los terminamos de leer y ponderamos hasta qué punto ha calado en nosotros su mensaje escondido. Yo acabo de leer el último libro de Ricardo Bellveser, ‘Estanterías vacías’, y estoy sobrecogido, porque se trata de un libro perturbador por su dolorosa lucidez, su valentía y su serena y desoladora manera de ensayar una despedida. El poeta se desprende de su biblioteca de miles de volúmenes que habían sido su guía y su razón de ser a lo largo de la vida y lo hace por amor. Ahí comienza esta alegoría de la ausencia y el vacío; esta descarnada alegoría de la oquedad que inmediatamente apresa la voluntad del lector, con el que se establece una inquietante complicidad a través de la sucesión de confianzas y de reflexiones sobre el paso del tiempo y la fragilidad, la indefensión y el destino y, en último extremo, sobre la escritura como una forma difusa de salvación y de permanencia.

Este es, sin duda, el libro más verdadero y hondo de toda su trayectoria, el más desgarrador y desolado, porque nos hace ver que somos, por encima de todo, vulnerables, terriblemente vulnerables. El efecto es demoleedor. Estos versos aturden, nos hacen enmudecer cuando nos enfrentamos a esa lúcida

manera de encarar la pérdida, la muerte, el vacío, la nada. No hay patetismo, hay clarividencia, sabiduría en la desesperanza y en la decepción; y mucha zozobra al asumir con heroicidad, sin fatalismos ni impostaciones, la trascendencia del final.

Claro que sobrevienen recuerdos y momentos felices que se perfilan con nostalgia, incluso evocaciones en las que el libro, Borges o las bibliotecas, cobran una dimensión literaria y sentimental fundamentales: ‘Asurbanipal’, ‘Pérgamo’, ‘Alejandría’, pero lo que prevalece es esta fulgurante conciencia que nos abduce y nos advierte. Por eso este momento aciago de la escritura es tan contundente y tan arrebatador, porque es el momento en el que todo parece haber perdido su sentido y no queda esperanza, ni redención, ni valores, ni fe que prevalezcan: «no hay huida posible/si hemos sido amenazados/por el dedo del destino». Acaso sólo resta, para espantar ese miedo sordo que se esconde detrás de tantos versos, la ilusión de perpetuarse en el lector, en ese posible ‘Lector desconocido’ que avive, por encima del tiempo y del espacio, una vida que ahora, en esta encrucijada amarga y sombría, es una vida acosada por la amenaza que no puede burlarse.